PENÍNSULA ATALAYA

Josep Borrell
Francesc de Carreras
Juan-José López Burniol
Josep Piqué

Escucha, Cataluña Escucha, España

Cuatro voces a favor del entendimiento y contra la secesión

Josep Borrell
Francesc de Carreras
Juan-José López Burniol
Josep Piqué

Escucha, Cataluña
Escucha, España

Cuatro voces a favor del entendimiento
y contra la secesión

ediciones península

© Josep Borrell, Francesc de Carreras, Juan-José López Burniol y Josep Piqué, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
CAYFOSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-16.784-2017
ISBN: 978-84-9942-628-0

ÍNDICE

Prólogo: Última llamada 9

CATALÁN, ESPAÑOL, EUROPEO, por Josep Borrell 13

¿Un problema entre Cataluña y España y/o un problema entre catalanes? 15
Las líneas de fractura y el fracaso de la «Operación Rufián» 20
¿Cómo hemos llegado hasta aquí? 27
La independencia de Cataluña ante la UE 39
La plurinacionalidad del Estado y el reconocimiento de Cataluña como nación 50
La necesaria revisión del argumento del expolio fiscal de los independentistas 62
El beneficio fiscal de la independencia 85
El derecho a la autodeterminación de Cataluña 89
Las vías de salida 96

LA DENSA ESPIRAL DEL SILENCIO, por Francesc de Carreras 103

La tradición del catalanismo político: una ideología transversal 109
Cataluña (y España) se transforman (1959-1975) 126
Cataluña en la Transición (1976-1980) 132

La construcción nacional(ista): el pujolismo (1980-2003) 144
El nuevo Estatuto como pretexto (2003-2010) 169
La opción nacionalista por la independencia (2010-2017) 179
Después del 1 de octubre 189

EL PROBLEMA ESPAÑOL, por Juan-José López Burniol 193

Descargo de conciencia 195
El problema español 201
España secuestrada 208
Las versiones del catalanismo 212
La apuesta socialista y su fracaso 230
Volver a empezar: la Península irrenunciable 233
La memoria beligerante 236
Sino fatal o problema político 238
Las herramientas disponibles 243
«Cuatro caminos hay en mi vida» 247
La hora de la verdad 252
Coda para pensar 263

EN BUSCA DE LA POLÍTICA PERDIDA, por Josep Piqué 271

¿Qué se ha hecho, mal o bien, desde allí o desde aquí? 273
Un poco de historia (y algo de geografía) 276
Un hilo conductor que parece perdido 281
¿Por qué nos encontramos en esta situación? 286
El proceso constituyente y el proceso de construcción nacional 296
Los debates mal planteados y peor resueltos 314
Un gravísimo error de cálculo 321
¿Qué hacer? 324
A título de recopilación 325

¿Un problema entre Cataluña y España y/o un problema entre catalanes?

Acabo de escribir mi contribución a este libro colectivo que llama a la escucha y el diálogo al mismo tiempo que el presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, ha rechazado comparecer en el Congreso si antes el Gobierno español no se compromete a autorizar un referéndum de autodeterminación en Cataluña. Además, para instarle a negociar las condiciones del mismo, ha enviado una carta al presidente del Ejecutivo, Mariano Rajoy, a la que adjuntaba un acuerdo del Gobierno catalán de JxSí sobre su voluntad de «ejercer el derecho a la autodeterminación». Es un nuevo ejemplo de esa doblez consistente en pedir diálogo al mismo tiempo que se anuncian actuaciones contrarias a la legalidad, como el economista y profesor Antoni Zabalza denunció con gran acierto en uno de sus artículos.[1] Comparto su opinión de que «lo que hoy separa a la Generalitat del Gobierno central es algo tan grave como concepciones incompatibles de lo que es un Estado de derecho». A lo que añade: «Cuando exigen un referéndum de autodeterminación, Puigdemont y [Oriol] Junqueras dejan de hacer política para situarse en el desacato de las leyes. Pueden desafiar al Estado y pueden ganar o perder su desafío. Pero no pueden a la vez desafiar y negociar».

1. Antoni Zabalza, «El poder imaginado del secesionismo». *El País*, 28 de abril de 2017.

Por ese motivo, la asociación cívica Portes Obertes del Catalanisme presentó el 11 de mayo de 2017, en el Colegio de Abogados de Barcelona, un manifiesto titulado *Contra la ley, no; solo con la ley, tampoco*. En él se señalaba que la llamada a «la desobediencia tampoco ayuda a resolver los problemas y además degrada nuestras instituciones de autogobierno [...] y deteriora la convivencia democrática», pues «solo desde el diálogo y la negociación se puede cambiar el actual marco legal para reformarlo y adaptarlo a las necesidades e inquietudes de la sociedad actual». En el acto, destacados juristas subrayaron el callejón sin salida en el que el independentismo ha colocado a Cataluña y rechazaron la absurda comparación entre la democracia española y Turquía que Puigdemont, un personaje inmune al ridículo, había hecho en unas conferencias en el extranjero.

El llamado *procés* [proceso] hacia la independencia de Cataluña se dirige a marchas forzadas hacia ese callejón sin salida en medio del entusiasmo de muchos, el expreso rechazo de unos pocos, el hastío y el silencio más o menos temeroso de otros, la sorprendente falta de reacción en el resto de España y la impasible actitud de su Gobierno.

Cuando estas páginas lleguen a sus lectores, quizá estemos ante la celebración de ese referéndum para decidir sobre la independencia, con o sin el acuerdo del Gobierno de España, y dentro o fuera de la legalidad constitucional. Para los secesionistas, basta y sobra con las leyes de «desconexión» aprobadas por procedimientos inaceptables en el normal funcionamiento de un parlamento democrático, y sin haber alcanzado ni siquiera la mayoría absoluta de votos en las elecciones autonómicas a las que dieron un carácter refrendario.

Pero no sería la primera vez que esas promesas a fecha fija no se cumplen. Solo sirven para mantener la tensión, movilizar el entusiasmo secesionista y profundizar en la división de

la sociedad catalana en dos mitades antagónicas. Este ejercicio de irresponsabilidad colectiva parece en ocasiones una farsa, pero puede acabar en tragedia, como quizá algunos, partidarios de «tensionar al Estado y ponerlo contras las cuerdas» (Carme Forcadell, presidenta del Parlament, *dixit*), desean.

Por mucho que Carles Puigdemont, Artur Mas y Oriol Junqueras se empeñen en hablar en nombre de Cataluña, e informarnos de lo que esta «siente» y «desea», la realidad es que la sociedad catalana está dividida en dos mitades respecto a la cuestión de la independencia. Y el antagonismo entre ellas está creciendo, y empieza a poner en peligro la unidad civil.

¿Exagero? Desgraciadamente, no. En Cataluña el ambiente se enrarece por momentos, las familias y los grupos de amigos son ya incapaces de discutir razonablemente sobre las ventajas y los inconvenientes de la independencia. Y aumentan, hasta hacerse inaceptables, las manifestaciones de intolerancia contra cualquiera que demuestre su desacuerdo con el sacrosanto *procés* independentista.

Los ejemplos abundan y aumentan. El psiquiatra y escritor Adolf Tobeña cita varios en su libro *La pasión secesionista*, como el intento por parte de la Universidad de Girona de retirar el doctorado *honoris causa* que esta misma institución había concedido a la jurista Encarna Roca, miembro del Tribunal Constitucional, unos años antes. La razón de tal medida: haber votado a favor de la suspensión de la convocatoria del referéndum convocado por el Gobierno catalán.[2]

Podría añadir casos de intolerable presión sobre familias que piden que se ejecuten sentencias judiciales sobre la combinación de lenguas vehiculares que desean para la enseñanza de sus hijos. O sobre los que exigen que se retiren de los edificios

2. Adolf Tobeña, *La pasión secesionista. Psicobiología del independentismo*, ED Libros, Barcelona, 2017.

públicos, que son de todos, las esteladas que solo representan a unos cuantos.

O relatar algunos episodios relacionados con el libro *Las cuentas y los cuentos de la independencia*, escrito con Joan Llorach, en el que desmontamos el argumento de los famosos 16.000 millones, tan míticos como falsos, que «España roba a Cataluña».[3] Aunque ahora, después de haber conseguido el efecto de agravio que buscaban, se lavan las manos y niegan que se haya dicho semejante barbaridad, salvo en algún caso circunstancial y aislado (¡!).

Entre los problemas reales y los falsos agravios hábilmente propagados, la cuestión de la independencia ha dividido a Cataluña y a los catalanes en torno a líneas de fractura identitarias, territoriales, generacionales y etnolingüísticas, que luego analizaré. El problema no es únicamente entre Cataluña y España, como si ambas fueran entes homogéneos portadores de una sola e irreductible identidad, sino entre los propios catalanes.

Para unos la independencia es un bien superior, cualesquiera que sean sus costes porque es la condición indispensable para que Cataluña sea «rica y plena», para garantizar su progreso y para defender su identidad de los ataques de una España que trabaja sistemáticamente en su contra. Los más apasionados lo consideran una «cuestión de dignidad» (Junqueras) o bien la diferencia «entre ser libres o vivir como esclavos» (Forcadell). Movida por su pasión identitaria, la gente como Junqueras vive tan fuera de la realidad que creen que Cataluña se separará con «normalidad» de lo que hoy llamamos España, como en su tiempo los Países Bajos o Nápoles se separaron de la monarquía hispánica.

3. Josep Borrell y Joan Llorach, *Las cuentas y los cuentos de la independencia*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2015. El autor actualiza y reelabora algunos fragmentos en distintos apartados de esta obra.

No tengamos ninguna esperanza de que ese segmento de la población se interese por el contenido de este libro.

Pero otros catalanes, muchos según las encuestas y entre los que me encuentro, sentimos como propia una identidad compuesta, catalana y española a la vez. Y no aceptamos que nuestra catalanidad se ponga en cuestión por no desear que la independencia fraccione políticamente esta doble identidad.

Estamos convencidos de que hay demasiada historia en común entre Cataluña y el resto de España como para establecer una frontera política, física, identitaria entre nosotros. Cataluña es hoy el resultado del trabajo de españoles venidos de todas partes, y no aceptamos la falsificación histórica que asimila España al franquismo, ni compartimos el relato victimista y ahistórico según el cual el desarrollo económico de Cataluña y su bienestar han sido secularmente sacrificados por su pertenencia a España.

Estamos convencidos de que levantar una barrera política entre Cataluña y España sería una especie de automutilación, implicaría una pérdida de oportunidades para los jóvenes profesionales catalanes, tendría costes inmediatos muy grandes y beneficios muy inciertos a largo plazo. Como los que van a sufrir los británicos, que ya empiezan a darse cuenta de ellos, a consecuencia del *brexit*.

Estamos convencidos de que la intensidad de los lazos personales, afectivos y comerciales que se han tejido entre Cataluña y el resto de España haría que la separación fuese muy traumática para mucha gente y muy perjudicial económicamente para todos.

Esta división de opiniones se encuentra en el interior de muchas familias, en cualquier estrato social y ámbito geográfico. Pero, como antes he indicado, se manifiesta de forma agregada a través de unas líneas de fractura que merecen ser tomadas en consideración.

Las líneas de fractura y el fracaso de la «Operación Rufián»

Entre los eslóganes centrales del *procés* se encuentra el de «*un sol poble*» —un solo pueblo—, una manera de afirmar un ideal de homogeneidad en torno a la identidad catalana. Pero, en realidad, este «*sol poble*» está atravesado por múltiples divisiones.

Los secesionistas se han esforzado en presentar el deseo de independencia como un fenómeno social de una gran transversalidad, que afecta a todos los sectores de la sociedad catalana cualquiera que sea su origen: tanto a los «nuevos catalanes» que llegaron en esas oleadas inmigratorias provenientes de otras partes de España, como a los catalanes de siempre de las zonas del interior que recibieron una proporción menor de ellas.

Se han esforzado en hacer creer que los que ayer llamábamos «charnegos» también quieren la independencia, y sus hijos y nietos más todavía porque conseguirla incluye una promesa de mayor bienestar y de no tener, por ejemplo, que pagar para moverse en una Cataluña reticulada por una intensa red de autopistas de peaje a diferencia de lo que ven cuando recorren España para visitar el pueblo de los abuelos.

Es el sentido de la «Operación Rufián», en la que se colocó como representante de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) en el Congreso de los Diputados a un charnego desclasado como prueba viviente de esa transversalidad. Pero ser capaz de hacerse un hueco en los medios de comunicación mediante la falta de respeto al hemiciclo no cambia la realidad descrita por la distribución territorial del voto o los microdatos que suministra la propia Generalitat, a través del Centre d'Estudis i Opinió (CEO).

Desde el Observatorio Electoral de Cataluña (OEC), los profesores Albert Satorra (UPF), Montserrat Baras (UAB) y Josep M. Oller (UB) han elaborado para Societat Civil Catala-

na un muy interesante estudio de esos microdatos, titulado *La Cataluña inmune al «procés»*, que muestra una realidad bien diferente de la que pretende simbolizar la «Operación Rufián».[4]

Los resultados de la «consulta ciudadana» celebrada el 9 de noviembre de 2014 ya mostraban claramente la triple fragmentación identitaria, territorial y socioeconómica que la cuestión de la independencia ha producido en Cataluña.

En esa consulta, la participación global fue del 37 % del censo estimado de potenciales participantes, que incluía a los mayores de 16 años de edad y a los extranjeros residentes. Aunque superó el 60 % en algunas comarcas del interior, en cambio no llegó al 20 % en muchos municipios metropolitanos. Y hubo una diferencia de 21 puntos sobre el censo electoral en el porcentaje del voto sí-sí entre la Cataluña interior (48 %) y la demográficamente mayoritaria del litoral (27 %).

En el área metropolitana, solo hubo una participación destacada en los barrios y ciudades de clase media alta. Por ejemplo, en Santa Coloma de Gramenet —un municipio barcelonés de 118.000 habitantes y renta baja donde ni CiU ni ERC obtuvieron representación en las elecciones municipales del 24 de mayo de 2015— la participación en la consulta soberanista fue del 17,6 %. En Sant Cugat del Vallès, con 87.000 habitantes y uno de los mayores niveles de renta de Cataluña, donde CiU revalidó una cómoda mayoría municipal, la participación alcanzó casi el 48 %. Además, el voto a favor del Estado independiente fue 20 puntos superior en Sant Cugat (82 %) que en Santa Coloma (62%).

En la ciudad de Barcelona se observa un comportamiento muy parecido: a favor de la independencia entre las zonas con

4. Albert Satorra, Montserrat Baras, Josep M. Oller, *La Cataluña inmune al «procés»*, SCC, Barcelona, 20 de abril de 2017. En <https://www.societatcivilcatalana.cat/sites/default/files/docs/La-Cataluna-inmune-vf.pdf>.

rentas altas, como Les Corts o Sarrià-Sant Gervasi, en clara diferencia con los distritos populares y de clase trabajadora, como Ciutat Vella, Nou Barris o Sant Martí.

Ha ocurrido lo que el propio Artur Mas decía temer acerca de las consecuencias de un referéndum de autodeterminación cuando, en una entrevista para TV3 a finales de 2011, se manifestaba contrario a su celebración porque «dividiría el país en dos». Ya lo advirtió también Jean Charest, ex primer ministro de Quebec, durante su visita a Barcelona en 2015: «Los referéndums no son la panacea: dan una respuesta pero también dividen, bloquean, crean tensiones, dejan heridas».

Los resultados de las elecciones autonómicas de septiembre de 2015, presentadas como refrendarias, mostraron la misma división.

La participación aumentó hasta un récord histórico del 77,4 %, una consecuencia obvia de haber planteado las elecciones autonómicas, las grandes olvidadas por una parte de la sociedad catalana de origen y asentamiento geográfico muy precisos, como un referéndum sobre la secesión. El resultado, de sobras conocido, muestra esa división del electorado en dos mitades: 47,6 % a favor de formaciones políticas explícitamente declaradas secesionistas y 51,28 % a favor de formaciones no secesionistas. Tras esa división numérica existe otra étnico-cultural, por mucho que los partidarios del eslogan «*un sol poble*» se empeñen en negarla.

La línea de fractura que dibuja la distribución geográfica de los resultados electorales muestra que los partidarios de la independencia pertenecen en su mayoría a grupos de población de origen autóctono, mientras que los que quieren permanecer en España se incluyen en estratos de población procedentes de la inmigración. La resistencia al secesionismo se manifestó sobre todo en las zonas periféricas de la Cataluña urbana que se concentra en la costa: Barcelonès, Baix Llobregat, Vallès,

Garraf y Camp de Tarragona. Y, además, cabe señalar que esos votantes confiaron más en nuevas formaciones de tendencia liberal-centrista (Ciutadans), que no eran sus representantes tradicionales por razones de interés económico o de pertenencia a una clase social, pero que fueron reconocidas como mejores defensoras de su voluntad de continuar formando parte de España.

Por ejemplo, en el municipio barcelonés de Sant Vicenç dels Horts, la candidatura de Junts x Sant Vicenç liderada por Oriol Junqueras obtuvo el 37,74 % de los votos y CiU el 5,68 % en las elecciones municipales de mayo de 2015. Solo cuatro meses más tarde, en las autonómicas de septiembre de ese mismo año, Junts pel Sí (JxSí) —la coalición que reunía a ERC y CiU— bajó al 28,37 % mientras Ciutadans subía del 13,3 al 25,44 %, a menos de tres puntos.

En municipios y barrios que agrupan a cientos de miles de personas, con población eminentemente castellanoparlante y rentas medias bajas (L'Hospitalet, Santa Coloma, Sant Boi, Nou Barris), el apoyo a las opciones independentistas fue inferior al 30 %. El voto independentista se concentró en el ámbito rural y los barrios acomodados de ciudades de tamaño medio, donde suele superar el 60 %.

Como explica gráficamente Adolf Tobeña, «sobre un extenso fondo de color secesionista destacan en el mapa electoral las islas rojas o naranjas de los términos municipales unionistas en los extrarradios y en las ciudades metropolitanas, [...] formando una especie de Ciscataluña cuya capital sería L'Hospitalet de Llobregat».[5]

En el conglomerado urbano de esa Ciscataluña vive la mitad de la población catalana, la procedente de los emigrantes de origen hispano, los «*nous catalans*» del pasado siglo, que ya no son tan nuevos, y la nueva «charneguez» renovada con flujos

5. Tobeña, ob. cit.

de más diferente naturaleza. Esa población abandonó su reiterada abstención en las elecciones autonómicas para manifestar un voto de resistencia frente a la propuesta secesionista, aunque para ello cambiara el sentido tradicional de este.

Sé muy bien que en Cataluña no está bien vista esta interpretación en términos étnico-culturales de las preferencias electorales. Pero hace falta ser ciego y sordo para no querer reconocer su existencia.

Cualquiera que se atreva a poner de relieve que hay segmentos sociales definidos por sus orígenes y lengua no catalanes, y además con un estatus socioeconómico más bajo, que tienden a votar de forma distinta a aquellos otros con origen «autóctono» será tachado de «etnicista». Pero, guste o no, los datos demuestran que los catalanes catalanohablantes se han sumado mayoritariamente al proyecto independentista, mientras que los castellanohablantes no lo han hecho. Y que el apoyo a la independencia es minoritario en los grupos económicamente más desfavorecidos, pero está muy extendido en los más acomodados.[6]

El análisis de los microdatos efectuado en *La Cataluña inmune al «procés»* —el informe del OEC antes citado— muestra claramente que los nuevos apoyos al independentismo proceden de una franja social muy concreta. El historiador y ensayista Joaquim Coll, miembro de Societat Civil Catalana, los recoge en uno de sus artículos, que resumo a continuación.[7]

Entre los que dicen tener el catalán como lengua propia (el 41,3 % de la población actual), el sentimiento de pertenencia ha cambiado en los últimos años. Si bien en 2006 el 30 % de

6. Véanse al respecto los trabajos de Pau Marí-Klose, profesor de sociología en la Universidad de Zaragoza.

7. Joaquín Coll, «Una nueva propuesta para Cataluña», *El País*, 15 de mayo de 2017.

ellos decía sentirse únicamente catalán, ahora lo hace el 48 %. Por otra parte, el porcentaje que se define tan catalán como español ha bajado del 26 al 14%.

Sin embargo, entre quienes afirman tener el castellano como lengua propia (el 41,7 %) el sentimiento prácticamente no ha variado. De estos, el 60 % decía y dice sentirse tan catalán como español, mientras que el 25 % se reconoce más español que catalán o solo español.

Y entre los que consideran ambas lenguas como propias por igual (el 14,5 %), en torno a la mitad sigue sintiéndose tan catalán como español.

También existe una estrecha relación entre grupo etnolingüístico e independencia. No existen datos que permitan hacer comparaciones con la situación en 2006. Pero en la actualidad hay dos Cataluñas antagónicas. El 77,6 % de los que consideran el catalán como su lengua propia apoyaría la secesión, mientras que el 73 % de aquellos que consideran que es el castellano la rechazaría. Y los que se decantan por ambas rechazarían la independencia de forma más moderada (46 % contra 36 %).

A la vista de estos datos, la idea de celebrar un referéndum —que no es posible legalmente, como tampoco lo sería en Alemania, Estados Unidos, Francia e Italia— acabaría de dividir a la sociedad catalana en dos mitades a partir de unas coordenadas etnolingüísticas.

Todo sería más fácil si una mayoría clara y sistemáticamente manifestada de catalanes pensara, como Junqueras, que la independencia es «una cuestión de dignidad» o se planteara, como Forcadell, «qué clase de pueblo seríamos si pudiendo ser libres quisiéramos seguir siendo esclavos».

Pero las cosas son más complicadas, y la sociedad catalana es más plural de lo que se quiere hacer creer. La fractura existe, es tan profunda como silenciosa y soterrada. No la ensan-

chemos. Intentemos construir un catalanismo transversal unido en torno a una voluntad de autogobierno. Lo tuvimos y lo hemos perdido. Si lo recuperamos, necesitará un interlocutor en un españolismo dialogante y generoso con el que negociar un nuevo marco de convivencia.

Pero no será fácil, porque si esas son las discrepancias y las líneas de fractura acerca de la independencia en la sociedad catalana, también se está agudizando la confrontación entre la percepción caricaturesca de una Cataluña egoísta e insolidaria desde el resto de España y la que tienen muchos catalanes, convencidos de que soporta un exceso de solidaridad (el «expolio fiscal»).

En España abundan quienes no pueden entender la existencia de una específica identidad catalana y menos aún aceptar su reconocimiento político-jurídico. Y los hay en todas las latitudes políticas, también entre los socialistas.

Mientras escribía estas páginas, la cuestión de si Cataluña es o no una nación ha sido apasionadamente debatida en las elecciones primarias del PSOE. Y la aceptación del carácter plurinacional del Estado le valió al candidato Pedro Sánchez duras críticas por parte de la candidata Susana Díaz, para quien nación solo hay una, la española, y dentro de ella no caben otras. La concepción que predomine dentro del socialismo español será decisiva para la solución o el enconamiento del problema que nos ocupa y para nuestro futuro colectivo. Por ello, a la cuestión del reconocimiento de Cataluña como nación dedicaré un apartado de esta contribución a que España y Cataluña escuchen y se escuchen, pues ese es el objetivo de este libro.

Para encontrar la solución a un problema hay que saber cómo se ha producido, de modo que conviene hacerse una importante pregunta antes de proseguir.